



OBRA BREVE

Pérez-Reverte

Obra breve recopila un conjunto de relatos de Arturo Pérez-Reverte, acompañados de un prólogo de Rafael Conte.

Los textos reunidos son *Un asunto de honor* —un homenaje al autor de *La isla del tesoro*—, *La pasajera del San Carlos*, *El húsar*, su primera novela y una desmitificación de la guerra, *La sombra del águila*, una reivindicación de las víctimas por encima de los héroes, y *Sobre cuadros, libros y héroes*, una selección de sus artículos aparecidos en prensa.

Leer es una aventura

Habrá que pasar sobre la expresión lo más rápidamente posible, pues esto de *Obra breve* tampoco tiene demasiado sentido si nos salimos de lo meramente cuantitativo, pues en literatura todas las cantidades son *discretas*, esto es, que no se pueden mezclar. Citar a Gracián —aquello de «lo bueno si breve dos veces...»— es ya una vulgaridad, y además, en estos tiempos de vertiginosas acumulaciones de capitales ya no resulta del todo verdad, pues lo que nuestra nueva fe nos dicta hoy es que las cosas, si buenas, mejor es que sean grandes, largas, voluminosas, que duren todo lo posible, pues después Dios dirá y ya veremos lo que pasa, que todo sube y baja sin parar y no hay seguro ya para nada, pues hasta la Seguridad Social y sus pensiones están cada vez más amenazadas de radicales curas de adelgazamiento convenientemente reprivatizadas. Vivimos el equilibrio del desequilibrio permanente, y el que venga después que arree: lo bueno, cuanto mejor, mayor y santas pascuas.

Pero hay un terreno en el que todo esto se tambalea de manera irremediable, el del arte en general y el de la literatura en particular, que es donde a partir de ahora vamos a movernos. El que una obra sea cuantitativamente grande o pequeña da exactamente igual, lo mismo que el hecho de pertenecer a un género o a otro. ¿Cómo valorar a lo largo

de los siglos, cómo saber si una obra es mejor o peor que otra, vale más o menos, sirve en profundidad a otros intereses que no sean los de la literatura misma, cómo distinguir un progreso donde no hay más logros y objetivos que los de cada obra en particular? Unos pocos versos de San Juan de la Cruz se colocan al mismo nivel que las epopeyas de Homero, que las tragedias de Shakespeare o las aventuras de Don Quijote, y la máquina de escribir o el ordenador no han producido textos mejores que los que escribían a mano Proust o Stendhal. Bien es verdad que nuestros tiempos son los de la búsqueda del éxito de ventas y las listas de los libros más vendidos —donde por cierto aparece el nombre de Arturo Pérez-Reverte y en varios países además, pues lleva vendidos más de un millón de ejemplares de sus tres novelas últimas—, pero todos sabemos que esto nada tiene que ver con la literatura misma. Se trata de un fenómeno distinto, que a veces puede coincidir con lo *literario*, pero que si no coincide da igual, el mercado va por un lado y la escritura por otro, la escritura de la aventura no es lo mismo que la aventura de la escritura: escribir es aventurarse para poder proporcionar a la lectura el placer —y el conocimiento— de experimentar esa aventura. La literatura es libertad, eso es todo.

Y para aventurero, he aquí a Arturo Pérez-Reverte, que llegó a la escritura —que no a la literatura, pues es un empedernido lector desde su más tierna infancia, como dice en alguno de los textos aquí incluidos— a los treinta y cinco años, sin apenas haberse despojado de los chalecos antibalas con los que se paseó durante varios lustros cubriendo como periodista distintos conflictos bélicos y guerras imposibles que siguen brotando como hongos —por ahora no nucleares todavía— por este mundo finisecular que se destroza permanentemente en nombre de la paz. Debo su conocimiento a un excelente amigo, exigente editor y empedernido bibliófilo, Julio Ollero, que me encargaba trabajos discontinuos de asesoramiento cuando hace unos años diri-

gía la editorial Mondadori. He asesorado a muchas editoriales, aunque siempre de la misma manera: nunca he estado ligado permanentemente a ninguna pues pienso que lo que más debe preservar un crítico literario es su independencia y neutralidad ante todo, y cada uno de mis trabajos de asesoramiento suponía de hecho la imposibilidad de ocuparme después como crítico de los libros que se publicaban siguiendo mis consejos. Muchos editores nunca lo entendieron del todo así y nuestras relaciones se fueron enfriando de manera inexorable, hasta llegar a hoy en día, cuando me limito a escribir algún prólogo que otro cuando me lo piden y si el libro a prologar me gusta, pues ya no necesito hacerlo para poder subsistir y seguir leyendo, que es de lo que se trata siempre.

Por el contrario, con julio Ollero nunca tuve problemas, entendió desde el principio mis principios, colaboré con él siempre de manera puntual e intermitente, aunque con cierta continuidad, y nuestras relaciones profesionales sólo se interrumpieron cuando cesó en su puesto. Por cierto, que sigue en la brecha como editor, pues ahora mismo sigue publicando esa excelente colección de *Novelas ejemplares* —¡qué gran título, que a nadie se le había ocurrido hasta ahora!— donde además ha publicado el único libro de Pérez-Reverte que no es una ficción del todo, *Territorio comanche*, surgido como un testimonio implacable, lúcido y desmitificador durante su experiencia como corresponsal de Televisión Española en la guerra en Bosnia; libro que también se ha vendido como rosquillas, y cuya independencia y honestidad se han evidenciado al provocar la ruptura de sus relaciones profesionales con su empresa, cuyos directivos no asumieron las críticas que el libro encerraba. Ni corto ni perezoso, con la cabeza bien alta y harto de corruptelas —expresión quizá demasiado suave en este caso— Arturo Pérez-Reverte renunció a todo, a sus derechos laborales adquiridos durante casi veinte años de trabajo en diversos medios de prensa escrita y audiovisual, todos ellos

públicos por cierto, y se marchó a su casa a seguir escribiendo como el caballero que siempre ha sido. Y cuando se quitó el chaleco antibalas se le volvieron a ver otra vez la capa y la espada que desde siempre llevaba debajo.

Bueno pues, retornando la historia, un buen día Julio Ollero me habló de un nuevo narrador que ya había publicado otra novela anterior, *El húsar* (1986), en otra empresa editora —si bien potente, minoritaria en lo que a literatura se refiere, Akal— por decisión de otro buen amigo, el excelente poeta, abogado y editor, Juan Barja. Se trataba de Arturo Pérez-Reverte, que le había presentado el manuscrito de lo que luego sería su primera novela de gran éxito *El maestro de esgrima*. Leí el manuscrito con pasión, mi informe fue favorable, propuse algunas correcciones, sobre todo en cuanto a la extensión, que en parte fueron aceptadas por el autor, y hasta escribí la solapa de presentación de la sobrecubierta.

Y allí empezó todo, pues Arturo quiso conocerme en persona, nos fuimos a comer y *ligamos* en torno a un cocido madrileño y citas y evocaciones de Thomas Mann y Alejandro Dumas, entre otros muchos. Poco después, julio Ollero cesaba en su puesto y Arturo venía a verme con el manuscrito de *La tabla de Flandes* bajo el brazo para que lo leyera —a diferencia de los de las editoriales, los manuscritos de los amigos los leo gratis—, le aconsejara también, y para discutir sobre todo el espinoso tema de buscar el editor adecuado. Lo leí una vez más como quien cabalga —hay autores a los que se lee al galope, por ejemplo Stendhal, otra de nuestras admiraciones comunes—, y al hablar de las posibles editoriales a las que presentar el manuscrito le di a elegir entre la línea *comercial* y la *literaria*, pues yo pensaba que no tendría ningún problema para que le aceptaran el libro en cualquiera de ellas. Ésta es la virtud de sus libros, que son a la vez buena literatura y éxitos comerciales seguros, algo con lo que todos soñamos, los au-

tores, los editores, los críticos y los lectores, como si se tratara de la comunión de los santos de lo literario.

Pues bien, fue el propio Arturo Pérez-Reverte quien eligió Alfaguara, optando por lo *literario* ante todo, y allí le envié, con una llamada telefónica a mis buenos amigos Luis Suñén y Manuel Rodríguez Rivero, que por aquel entonces dirigían esta editorial. El resultado todos lo conocen, por ahora desemboca en este volumen y estas mismas líneas que ahora estoy escribiendo, y todo el mundo, la editorial, el autor y yo mismo, ha salido bastante beneficiado, el favor ha sido mutuo de unos a otros, y sólo hay un único culpable que se llama Arturo Pérez-Reverte. Y por cierto, y para que cesen de una vez los rumores, que el mismo autor a veces proclama, yo no soy su descubridor, pues quienes de verdad lo descubrieron fueron Juan Barja y julio Ollero, ara que conste públicamente y por escrito, ya de una vez y para siempre.

Como se ve, el sentido de la aventura, con capas y espadas y chalecos antibalas, ha acompañado desde siempre a nuestro escritor, por lo que resulta perfectamente lógico que, una vez puesto a escribir —que también ha sido lo suyo desde pequeño, pues por algo se hizo periodista—, se convirtiera decididamente en un novelista de aventuras. Y además, desde mucho antes, desde siempre podría decirse, fue un lector tan ávido y voraz que vivía lo que leía, como si supiera instintivamente que si escribir es una aventura, leer también lo es, pues una buena lectura no es otra cosa al fin y al cabo que el acompañamiento de —o la colaboración con— esa misma escritura que se está leyendo. Algo de todo esto nos lo cuenta aquí en alguno de los breves trabajos incluidos en la última parte de este volumen, la titulada *Sobre cuadros, libros y héroes*, que quizá sea, por su apariencia más teórica que ficcional, la que resulta más ilustrativo de los entresijos del propio autor. Ahí nos deja un pequeño muestrario de sus admiraciones, modelos, modos y maneras de enfocar los temas que le apasionan, lo que la

convierte en una suerte de antología de manifiestos tan personales como sugestivos.

Pienso que su verdadera medida como escritor, pese a lo que vengo diciendo, es la novela, y quizá cuanto más larga mejor. Sus tres libros preferidos, o los que dice haber releído más, *Los tres mosqueteros*, *La Cartuja de Parma* y *La montaña mágica*, son para empezar tres tochos de bastante consideración. Y, además, para quien le acuse de veleidades comerciales, —acusaciones inspiradas sin duda más por los celos ante sus vertiginosos éxitos que por el estudio riguroso de sus textos—, esta desconcertante e imposible trilogía podría hacerle pensar un poco, y hasta cambiar fácilmente de opinión. Sí, hay aquí un modelo de literatura popular —y comercial— de todos los tiempos, como es el caso de la novela de Alejandro Dumas, pero a estas alturas el gran folletinista francés se ha convertido en un clásico que a casi todos inspira, al que nunca se ha dejado de leer, y al que ya nadie puede hacer ascos. Pero el caso de Thomas Mann es desconcertante, pues *La montaña mágica* carece de todo tipo de pretensiones de populismo demagógico, se presenta como un modelo intelectual, de literatura difícil, y ahí queda eso. Como si lo serio fuera sinónimo de lo aburrido, disparate más generalizado de lo que pueda parecer entre quienes no piensan que lo contrario de *divertido* no es lo serio sino lo aburrido, que no es lo mismo, como cualquier lector de *La montaña mágica* experimenta con toda normalidad durante su lectura. ¿Y Stendhal? Nadie puede resistirse a *La cartuja de Parma* —o a *El rojo y el negro*, desde luego, aunque Arturo no la cite aquí—, pero su autor jamás tuvo éxito en vida y escribía para un siglo después y para *los pocos felices*, por si no quedara claro.

Pues bien, lo más destacado en la *obra larga* de Pérez-Reverte es el infinito cuidado que su autor pone en la estructuración y manufactura de estos libros, que por ahora sólo son tres: *El maestro de esgrima* (1988), *La tabla de Flandes* (1990) y *El club Dumas* (1993). Tengo mis dudas so-

bre si su primera novela, *El húsar*, que ya he citado antes, no debiera figurar en esta misma panoplia, aunque pienso que no, y ahora voy a decir por qué: en primer lugar, es una novela más breve que las tres antes citadas; en segundo lugar, se trata más de un relato que de una novela propiamente dicha, pues sucede en algo menos de un día y en torno a una sola situación; y por último, su texto, tan cuidadosamente calculado y documentado como los demás, pues ésa es su marca de fábrica, es más *idealista* y abstracto, como si se tratase de un ejercicio de estilo, de un primer ensayo de afinamiento de sus armas como escritor. Por todo lo cual creo que su sitio está aquí, en este volumen que ahora estoy prologando.

El ritmo de publicación de estos libros, además, es tan pausado y cuidadoso también que demuestra con total claridad que a nuestro escritor le interesa mucho menos explotar los éxitos anteriores que elaborar su obra libro a libro como es debido, de la manera más *profesional* y *anglosajona* posible, pues en esto los ingleses y norteamericanos son maestros, a diferencia de los latinos que suelen ser más descuidados, intuitivos y flexibles. Eso le distancia, por ejemplo, de su tan admirado Alejandro Dumas, a quien se le llamó *Alejandro Dumas, S. A. Fábrica de Novelas*, pues solía publicar a la vez hasta dos, tres y cuatro en la prensa de su época, formando ese monstruoso *corpus* de casi tres centenares de largas narraciones que sólo pudo elaborar ayudado por numerosos *negros* que con él colaboraban. Y que, por cierto, ante todas las infundadas acusaciones de robos y plagios que se le lanzaron en vida, demostraron con sus fracasos —cuando quisieron triunfar de manera independiente— dónde se hallaba la cabeza rectora de todo aquel ingente monumento, en el cerebro único del tal Alejandro Dumas, padre, pues además todavía pudo engendrar algún otro nada despreciable, como el de su hijo homónimo, el autor de *La dama de las camelias*, entre otros muchos libros más.

Para mayor diferencia con los fabricantes de *best-sellers* al uso bastaría además con fijarse en sus mundos, temas, infraestructuras y motivos de inspiración. A pesar de sus viajes, de su cosmopolitismo periodístico, de su conocimiento del mundo actual, tan fácilmente falsificable en las modernas narraciones de policías y ladrones, espías, terrorismos, tráfico, drogas, trata de blancas, sexos atirantados, finanzas, corrupciones y otras zarandajas —lo que Juan Benet denominaba como el «pan y chocolate» de las antiguas meriendas infantiles—, Arturo Pérez-Reverte maneja un universo que nace de la cultura, de la historia y de los libros, y que regresa a ellos además al final, y recuerda mucho más a escritores como Umberto Eco, Marguerite Yourcenar, Patrick Susskind o John Le Carré en último caso, que a los Forsythes, Lapierrescollins, Ciancys, Robbins, Sheldons y otras hierbas tan deplorables como dañinas, por mucho que ahora se las jalee desde algunos medios de comunicación vendidos a las subculturas del mercado.

Lo de Pérez-Reverte es lo que se denomina el éxito de ventas *de calidad* en todo caso, que siempre transmite contenidos, emociones y sensaciones provistas de cierta envergadura intelectual. Pues ya sabemos además que no hay subgéneros sino subculturas, que hay excelentes novelas policiales, de ciencia-ficción, históricas, de aventuras, de intriga y hasta fantásticas, y que lo único que cabe hacer, en este mundo desequilibrado, manipulado y manipulador a la vez, es distinguir el grano de la paja en cada uno de estos terrenos, no condenarlos genéricamente, sino por el contrario salvarlos —cuando haya que hacerlo— uno a uno, obra a obra y libro a libro, pues así se construye la literatura, reconociéndola allí donde se encuentre y por oculta que se halle, y ya está. Se hace camino al leer, y sólo leyendo conoceremos la verdad de lo leído, la autenticidad del mundo y de los pueblos que así resultan enriquecidos para ser mejores y más libres. Y no es que «valga todo», como dicen algunos puristas extraviados —o alienados por sus

propias buenas intenciones—, sino que en el *todo* que tenemos por delante, siempre podremos encontrar *algo* que sirva, venga de donde venga, lejos de doctrinas y mercados encerrados en sí mismos y que sólo a sí mismos perjudican. Pues la literatura, a la que nada humano le es ajeno, sobrevive también gracias a su poder de interpenetración entre todos sus posibles niveles, de intercomunicación entre lo alto y lo bajo, lo bueno y lo malo, lo exquisito y lo popular, pues es capaz de perforar todas las fronteras, de hacer saltar todos los límites y esquemas preestablecidos.

La obra de Arturo Pérez-Reverte es perfectamente seria; nace de la literatura y de una reflexión personal poderosa; de una ingente labor de preparación y documentación bastante exhaustiva siempre; de sus afinidades electivas, de las épocas históricas amadas, de los libros leídos y releídos hasta la exasperación; trata de temas peregrinos y originales apoyados sobre todo en la intriga de sus historias, pues, eso desde luego, cree que en toda novela que se precie lo importante es la *historia* contada, más que el *discurso* con que se cuenta, aunque yo personalmente tengo mis reservas y admito lo contrario cuando se hace bien. Y así le veremos cuidar al máximo la documentación militar, desde los uniformes a las estrategias en *El húsar*; dar lecciones del antiguo arte de la esgrima en *El maestro de esgrima*; o de restauraciones artísticas y de lecciones de verdadero maestro de ajedrez en *La tabla de Flandes*; o de bibliofilia, esoterismo y de relectura de uno de sus mejores modelos en *El club Dumas*. Todo nace de los libros y todo vuelve a los libros, no se olvide, pues se trata de uno de los procesos literarios más puros con los que ahora contamos.

¿Y esta *Obra breve* que ahora tenemos entre las manos y delante de los ojos? Pues bien, yo creo que estamos dentro del mundo de Arturo Pérez-Reverte con pleno derecho, degustando no tanto los restos del banquete sino los buenos entremeses, o quizá los más exquisitos postres o saboreando alguno de sus mejores vinos, o los mejores digesti-

vos finales, todo forma parte de la misma ceremonia de idéntico ritual, del mismo placer de la lectura considerada como una aventura, ya lo he dicho desde el título. Algunos pensarán que se van a quedar con hambre, que les sabe a poco, que quieren más. Pero hay que pensar que lo mismo sucede con las novelas largas de nuestro escritor, que nos dejan siempre con la miel en los labios y las cerramos con una pena infinita por no poder seguir leyendo. Bien, pues vuelvan a empezar que van a recibir todavía más, se lo aseguro, pues la relectura es siempre la mejor de las lecturas, y lo mejor de las aventuras, una vez que han pasado, es su recuerdo, una de las mejores maneras de volverlas a vivir.

Aquí vamos a ver el primer y único *ejercicio de estilo* de Pérez-Reverte, *El húsar*, un relato espléndido sobre la desmitificación de la guerra y la muerte de todo heroísmo, en plena época napoleónica. De lo mismo trata *La sombra del águila*, pero con un humor aquí ya explosivo, y trasladando la acción desde la guerra de Independencia española a la frustrada campaña napoleónica de Rusia: pero siempre se trata de lo mismo, de la reivindicación del pueblo llano frente a las guerras, de los humildes soldados y de las víctimas frente a los héroes de la historia, pues en las guerras—desde Troya a Sarajevo, dice en alguna ocasión— ya no hay heroísmos posibles. ¿No querían ustedes una ideología suficiente? En *Una cuestión de honor* se habla del verdadero héroe, el que lo es por amor y porque ya no tiene más remedio que enfrentarse a los dioses de la violencia y la corrupción, que tanto abundan en nuestro tiempo. En *La pasajera del San Carlos* veremos que se trata de una clamorosa burla en un mundo colonial, que resulta ser casi un esperimento.

Y de los *cuadros, libros y héroes* ya he hablado un poco, pero si quieren saber algo más sobre el autor, quédense aquí y mediten: rastreen por ejemplo otra muestra de su ideología en su artículo sobre John Reed y el derrumbamiento del comunismo real, que, si bien está muerto y en-

terrado, seguirá latiendo en las futuras utopías que necesariamente vendrán; en el cuadro velazqueño sobre «La rendición de Breda» vuelve a tomar partido por los soldados anónimos; o luego en favor de la pobre Mata-Hari, ejecutada por las necesidades mercantiles y publicitarias de la época; o en sus repetidos homenajes a Dumas —que con Stendhal, Conrad, Stevenson y Sabatini configuran su cuadro de honor de la literatura— a través de *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, libros de los que por cierto, y según el ISBN, existen respectivamente diez y doce ediciones vivas en el mercado español todavía. Todo aquí es literatura y ya no se puede pedir más en estos tiempos que corren. Y aquí Pérez-Reverte, como un último romántico de capa y espada y con chaleco antibalas, nos apasiona con los sentimientos, nos seduce con sus intrigas, nos advierte de los peligros de siempre, nos fascina con su sentido de las aventuras de hoy que tanto recuerdan a las de antaño, y así nos deleita y enriquece y nos permite reconocernos mejor y recuperar mundos que creíamos ya perdidos. Decía Marcel Proust que ya no hay más paraísos que los perdidos, y aquí se ve la astucia de Arturo Pérez-Reverte, que consiste en haberle dado la vuelta a la frase, para convertir sus mundos recuperados en el reflejo de esos paraísos soñados que sólo se cumplen en las aventuras de la escritura y la lectura, que sólo resultan simultáneas cuando se lee, y que ustedes lo lean bien.

Madrid, abril de 1995

RAFAEL CONTE

El húsar

A Claude, mi viejo compañero de guerras ajenas y de caminos que no llevan a ninguna parte.

«Nunca me ha gustado el campo. Me pareció siempre algo triste, con sus interminables barrizales, sus casas vacías y sus caminos que no llevan a ninguna parte. Pero si a todo eso le añades la guerra, entonces ya resulta insoportable».

L. F. CÉLINE
Viaje al fin de la noche.
